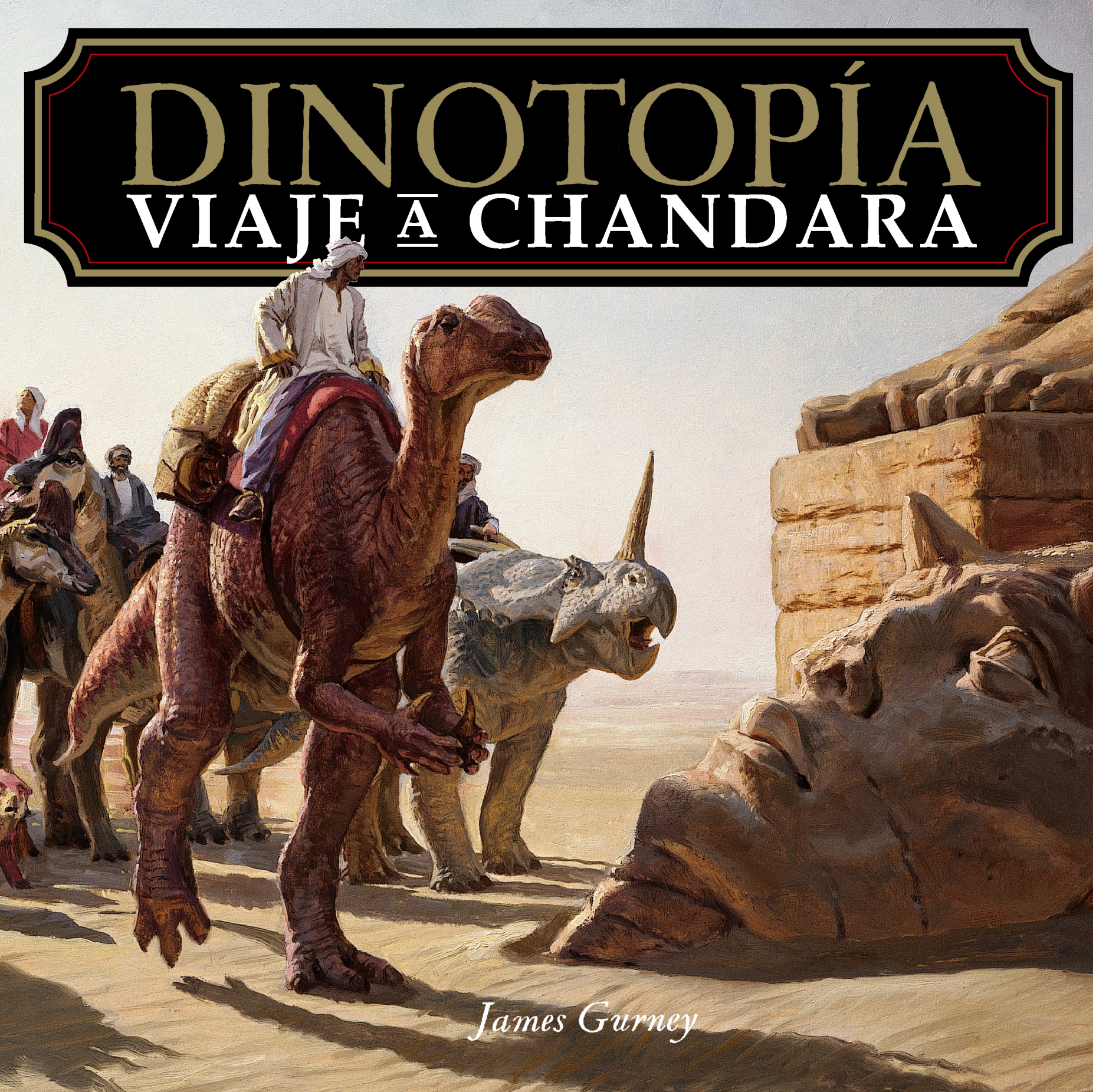
DINOTOPÍA
VIAJE A CHANDARA



James Gurney



DINOTOPÍA

VIAJE A CHANDARA





DINOTOPÍA

VIAJE A CHANDARA

Escrito e ilustrado por James Gurney

espaciodediseño

Deseo expresar mi agradecimiento a Ernesto Bradford, Mike Breza, M. K. Brett-Surman, Ph.D., Arthur Evans, Patrick Gyger, Dave Krentz, Dorothy O'Brien, Dr. Mark A. Norell, Stephanie Plunkett, Tobey Sanford, Sirikanya Schaeffer, Kathy Younger, Azonthus y los Stockbridge Stompers, la comunidad de Platte Cove, la familia Felder, la Fusillo Reunion Gang, al Jim Henson's Creature Shop, al personal y los voluntarios de la Biblioteca Starr, a mis hijos Dan y Franklin y, sobre todo, a mi esposa, Jeanette.

—James Gurney.

Título de la obra original: *Dinotopia. Journey to Chandara*
Esta edición se publica en virtud de un acuerdo con Andrews McMeel Publishing, una división de Andrews McMeel Universal, a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.
This edition is published by arrangement with Andrews McMeel Publishing, a division of Andrews McMeel Universal, through International Editors & Yáñez Co' S.L.

Primera edición: marzo de 2026

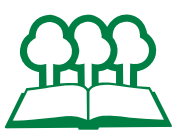
Responsable editorial: Eugenio Tuya Feijoó
Realización de cubierta: Celia Antón

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Dinotopia: Journey to Chandara copyright © 2007, 2017 by James Gurney.
Dinotopia is a registered trademark of BDSP, Inc. Music composed by Daniel P. Gurney.
Todas las pinturas fueron realizadas al óleo.

© Lidia Señarís y Carlos Villalba, 2025 (traducción)

© EDICIONES ANAYA MULTIMEDIA (GRUPO ANAYA, S.A.U.), Madrid 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid. www.anayamultimedia.es



Depósito legal: M-17556-2025
ISBN: 978-84-415-5220-3
Printed in Spain





CÓMO ENCONTRÉ EL NUEVO DIARIO

Por James Gurney

Hace algunos años, en la biblioteca de la universidad, me topé con un cuaderno de bocetos de un explorador poco conocido llamado Arthur Denison. Al igual que otros muchos viajeros de la época victoriana, él documentó los paisajes, las personas y los animales que encontró en sus viajes a las fronteras más remotas del mundo. Lo distintivo del Sr. Denison es que la isla por él descrita, llamada Dinotopía, ya no aparece en los mapas modernos del mundo. No solo eso: sus cuadernos de bocetos retratan una sociedad en la que los humanos conviven con una raza de dinosaurios sabios e inteligentes.

He estado investigando durante mucho tiempo para saber más sobre el Sr. Denison. Mi gran descubrimiento llegó recientemente, cuando encontré el siguiente anuncio: «SE VENDE: Diario del siglo XIX. Cubierta estampada con letras que parecen huellas y motivos de dinosaurios. Original encuadernación».

Localicé al vendedor que había puesto el anuncio y fui a su tienda. El libro estaba en el escaparate, junto a otros polvorientes volúmenes de viajes y aventuras. Unas desgastadas placas de latón protegían sus esquinas y un antiguo candado cerraba sus páginas. La cubierta estaba estampada con un singular alfabeto, conocido únicamente en Dinotopía. Intenté contener mi emoción mientras compraba el libro y lo llevaba a casa.

Durante los últimos meses, varios expertos han estudiado el diario, y el Instituto Smithsonian ha expuesto la edición original en Washington D.C. A las muchas personas que me han escrito pidiendo más pruebas de Dinotopía, ofrezco el siguiente relato, escrito por el propio Arthur Denison, sobre las increíbles maravillas que presenció durante su viaje en 1869 a través de la «tierra fuera del tiempo».


THE
ASCENT
OF THE
MATTERHORN
WHYMPER
IN
DARKEST
AFRICA
BY
HENRY STANLEY


Hand of Dinotopia
Windy Point
Crystal Caverns
Aftercastle
Esplanade
Gnomon
Widdershins
Wreck of the Venturer
Estival
Azonthus
Romano's Hatchery
Stillwater Creek
Camaraton
Bricolage
Wimple Springs
Gambrel
Durnsmoor
Goomhadell
Sparklebrook
Diploville
NORTHERN RANGE
Doonsdwdle
Baz
Redwick
Fireside
Pooktook
Cornucopia
Deep Lake
Lacuna
Mollusk Town
Hookwood
Treetown
Bent Root
Stone Reliefs
Irenic
Callicos
Snugmaffle
Pumice Town
Bonabba
Chimeerney
Gundagi
Sharpclaw Territory
BACKBONE MOUNTAINS
Volcaneum
Buckram
Palace of Kings
OBNUBBA RANGE
Polongo River
Temple Ruins
Omphalos
Nidus
Naranda
Nephridium
Raptortown
Bogpeat Marsh
Hadro Swamp
Stufanto
RAINY BASIN
Carnassus
Horsetail Grove
MOSS VALLEY
Gammawamma
Waterfall City
Sweetwater Lake
Vespertine
Burbleville
Grandell Falls
Polongo River
Edax Feeding Grounds
Gorgonia
Slugmire
Mordant
Family Tree
Macula
Splendine Forest
Greenglen
Amberclime
Iamborini
Sculpted Cliffs
Chester's Hatchery
Arboria
Dinglecreek
Churmley
Diluvialis
The Time Towers
Powderton
Thermala
Gelid Glacier
Brinkman Cliffs
Bilgewater
Short Stump
Chapman's Isle
Snug Cove
Wescott
Whitestone Quarries
Belluna
Sauropolis
Palace of the Winds
Paleopolis
Neopylos
Baru
Jupe
Honely Hall
Tokia Range
Black Fish Tavern
Spiker
Ruhmsburg
Advance
Prince of the Seas
Royal Vanguard
Dolphin Bay
Jubila River
Rockslides
THE BELT ROAD
Colossus of Zagur
Blarney
Scuto's Mill
Brackmaw Swamp
BLACKWOOD FLATS
Atrox Clan Grounds
Jorotongo
Furble
Middle Wallop
Graystone Observatory
Spindrift
Bluebottle
Tuckford
Temple of the Demisaurians
Caudalis
Telson
Cape Turtletail
Dragonfly Coast
Tentpole of the Sky
Sky City
Mount Joliette
Trilobite Towers
Ancient Gorge
Amu River
Tutak Abad
Kleptodon Clan
Ebulon
Red Rapid Canyon
The Sentinels
The Portal
Vagar Wastes
Thanatolian Plateau
Khasra
Samarlak
Zhamphoo
El Quahbanukki
Mandapa
Teleost
Aleppo
Oneiros
Bogapur
NeoKnossos
Great Castle
Meeramu
Chandara
Pennacia
Pungdok
Strumius
Shaolin
Silver Bay
Dribbling Springs
Vorshatas
Inselberg
Tomb of Mujo Doon
Gopuram Gate
Ahmet-Padon Ruins
Arduon
Hardshell
Wild Canyon Garaens
Jaggertooth Coast
Serpentine Cathedral
Scutemus
Colebra
Warmwater Bay
Gol Jafari
Farrago
Zygodact
Kuskonak
Gulf Tarabi
Bodu Kyun
Bima Kyun
Ahimsa
Pteros
Canyon City
Skybax Camp
Green Bel River
Therapsid
Sky Galley Caves
Farak
Highnest
Ko Veng Island
Gulf Haraz
Pionaspis
Outer Islands
Cape Banamba
X Poseidos (sunken)
Zygian Island
Nagwan Island
Krachong Island
Prosperine
Marmor Quarries
Amu River
Brumalia
Probosca
Skirlton
Gymkhana
Alidade
Snickerton
Strunius
Pogonip
Trogloton Caves
Haemal Arch
Halcyon
Gullivant
Chipcharoon
Spondylium
Aliveria
Umbo
Gumley
Witheroot
Osteo
Abalonia
Beakhead
Mudge Island
Grindstone
CRACKSHELL POINT
Coramir Wasteland
Northern Plains
Great Desert
Northern Tidelands
Outer Islands
A NEW MAP OF DINOTOPIA
BASED UPON AUTHORITATIVE ACCOUNTS AND RELIABLE EYEWITNESSES
Prepared by Cartographic Dir.
BIBLIOTHÈQUE NATIONALE
COLLECTION ANTOINE D'ABBADIE
FONDS DES SCIENCES



Diario de Arthur Denison, abril de 1869

Las crecidas de la temporada de lluvias han regresado a la Ciudad de las Cascadas y sobrepasado los parapetos del norte. Ayer, todo un bosque de álamos flotó río abajo y los árboles cayeron por las cataratas uno tras otro, agitando gallardamente sus raíces en el aire mientras se precipitaban hacia el olvido. Los dinosaurios trabajan para eliminar las ramas atascadas en la boca del puerto Mosasaurio. Durante la mayor parte de este mes el sol ha permanecido oculto tras las nubes. En momentos como este, la Ciudad de las Cascadas se asemeja a un barco en medio de un mar embravecido. Tiemblo al recordar mi desafortunado viaje en la goleta *Venturer,* que nos trajo a mi hijo y a mí sanos y salvos a las costas de esta extraordinaria isla hace siete años.

Pero hoy el sol se impuso, disipó la niebla por unos instantes y permitió que los jinetes voladores de *skybax* repartieran el correo. El mal tiempo los había retrasado varios días, pero por fin sobrevolaron triunfantes la ciudad antes de descender por el Canal de los Pliosaurios.





Entregando el correo en un «skybax» Quetzalcoatlus.

Mi hijo Will llegó antes que los demás jinetes, y traía el estuche con el pergamino en la mano. Él y su *skybax* Cirrus se agacharon bajo el arco del puente en una audaz carrera sobre el canal para lanzar el correo desde el cielo. Sentí una ráfaga de aire cuando pasaron por encima de mí.

Esperaba recibir una carta, pues había decidido viajar a Chandara, el imperio oriental de Dinotopía, cerrado a los visitantes durante mucho tiempo. Había escrito muchas misivas al emperador para solicitarle el permiso de visita y una entrada segura. Will se las llevaba a los funcionarios de la frontera, pero siempre recibía una respuesta cortés y el recordatorio de que nadie podía viajar más allá del Gran Desierto.

Así que me sorprendió recibir finalmente una respuesta diferente, y me sentí orgulloso de que fuera mi propio hijo quien me la entregara. «¡Es para ti, padre!», gritó. En su emoción, al acercarse al punto de entrega, se le resbaló de las manos el pergamino y cayó directamente al canal.





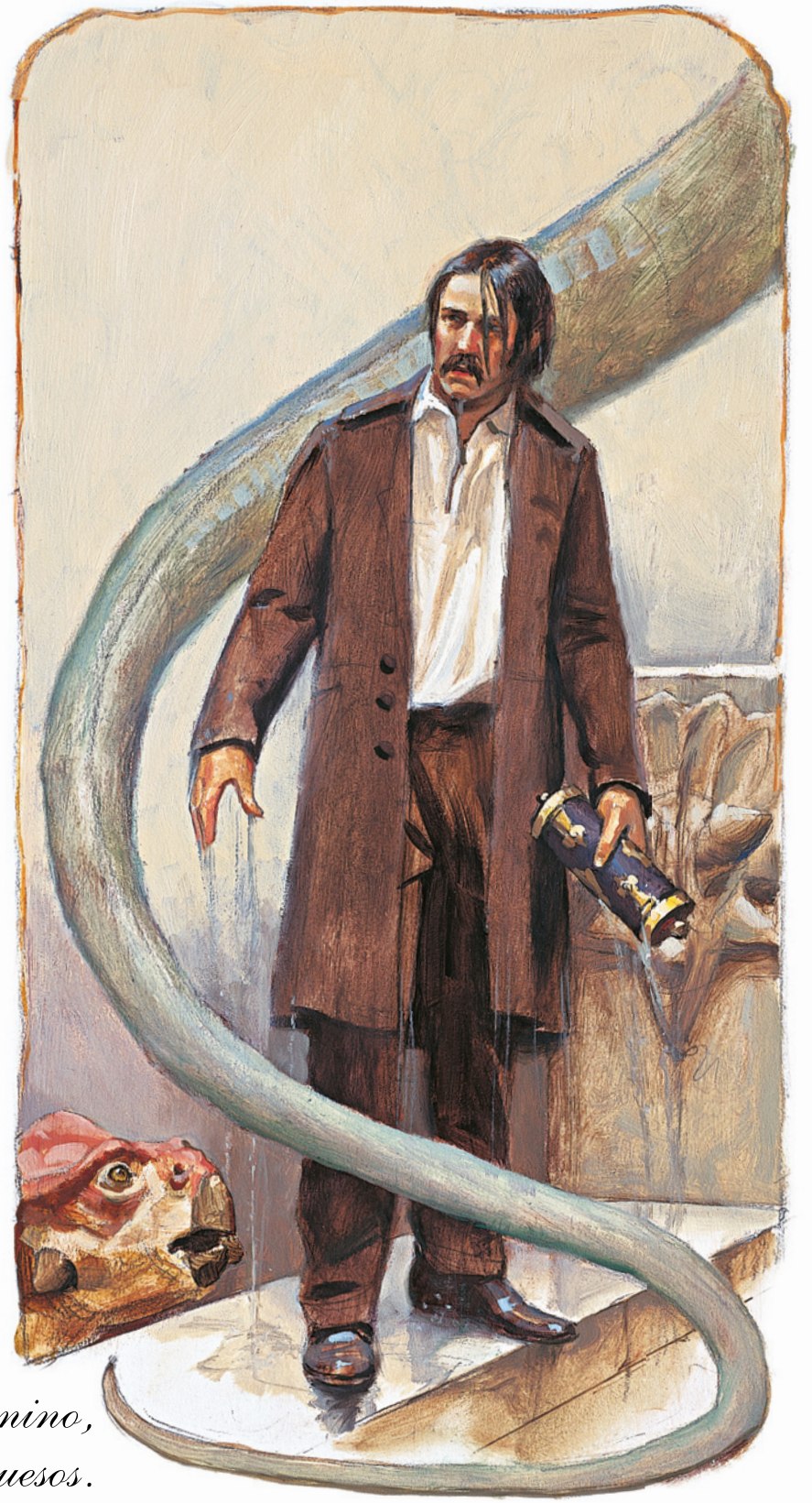


Titania, la apatosaurio,
presta su cola para el rescate.

El pergamino comenzó a flotar río abajo hacia la puerta de seguridad situada sobre la rampa de carga. Una apatosaurio llamada Titania reaccionó rápidamente y balanceó la cola sobre el agua para impedir que siguiera avanzando. En un rapto de loca inspiración, me subí a su cola y sentí cómo me levantaba por encima del agua. Me aferré con una mano a la musculosa cola mientras con la otra intentaba alcanzar el estuche del correo. Por fin lo atrapé y lo lancé a tierra, tras lo cual mi agarre se relajó y caí al agua.

Estaba chorreando y balbuceando cuando Titania me sacó del agua, y me sentía más como un gato ahogado que como un profesor de ciencias naturales. Mientras escurría el agua de mis zapatos, Will me dio una palmada en el hombro. «Lo siento, fue mi culpa, padre», admitió.

Nallab, el bibliotecario asistente, se ofreció a secar el pergamino y sugirió que lo estudiásemos juntos esa noche. En cuanto a mí, necesitaba cambiarme de ropa.

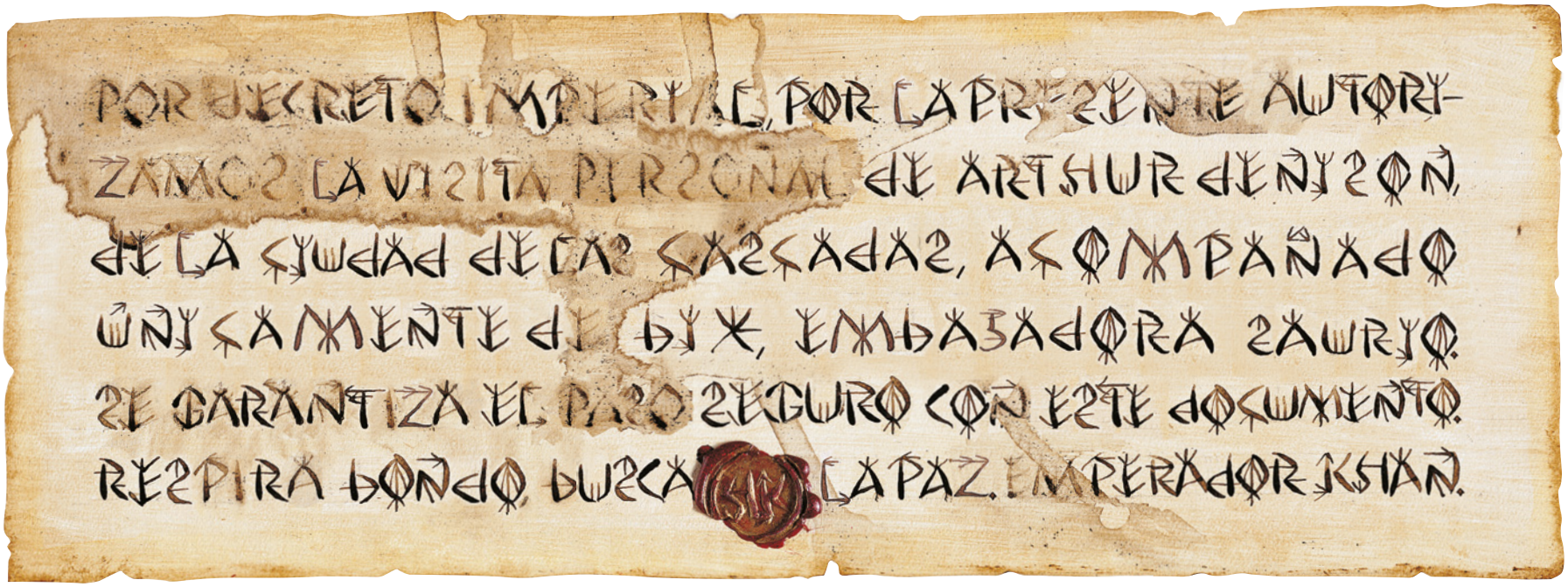


Después de rescatar el pergamino,
empapado hasta los huesos.



Cuernorroto, hijo de Lomogris el Sabio.

Nallab, el asistente del bibliotecario de la Ciudad de las Cascadas.



—El daño causado por el agua es terrible —dijo Nallab al abrir el pergamino. —Está escrito en el antiguo estilo transicional —añadió, y leyó lo siguiente:

Por decreto imperial, por la presente autorizamos
la visita personal de Arthur Denison,
de Ciudad de las Cascadas, acompañado
únicamente de Bix, embajadora saurio.
Se garantiza el paso seguro con este documento.
Respira hondo, busca la paz, Emperador Khan.

¡Por fin tenía mi billete para viajar al Oriente! Había estado investigando todos los pergaminos que había podido encontrar sobre Chandara, tanto antiguos como nuevos. Estudié los relatos de exploradores precedentes y consulté antiguos mapas.

Según leí, en determinada época, Ciudad de las Cascadas y Chandara eran ciudades hermanas que se enriquecían mutuamente a través de un vibrante intercambio de bienes e ideas. Las caravanas atravesaban los pasos de montaña, con sus especias, sedas y piedras solares.

En 1841, los líderes de Saurópolis rompieron relaciones con Chandara, debido a la ausencia de democracia y al estilo de gobierno autocrático del emperador Hugo Khan. En 1845, la Belt Road o Carretera del Cinturón se cerró oficialmente al paso de las caravanas comerciales y, tres años más tarde, unos desprendimientos la bloquearon por completo.

Las leyendas crecieron, pues pocos occidentales habían visto Chandara con sus propios ojos, y algunos incluso susurraban sobre supersticiones y brujería. Todos coincidían en que los alosaurios y los tiranosaurios habían atravesado la Cuenca Lluviosa y llegado al Pantano del Bosque Negro y que los bandidos infestaban muchas de las zonas fronterizas.

Pero Cuernorroto, el más anciano de los tricerátops, nos animó calurosamente a aceptar la invitación del emperador. «Arthur, necesitamos a alguien con tu prestigio científico para separar la verdad de la ficción. Bix, necesitamos a una embajadora como tú para fomentar el entendimiento», aseguró. Le agradecí sinceramente sus palabras y nos preparamos para partir.







Bix, mi fiel aliada, era una diminuta protocerátops, del tamaño de una oveja y del color de una malva rosada, con un corazón intrépido, una voz chillona y una amabilidad a la antigua usanza, como un loro criado por presbiterianos. Fuimos a ver a Will, quien se marcharía al día siguiente con más entregas, y Bix le preguntó por Chandara.

—He oído algo de otros jinetes —respondió—. Dicen que es una gran ciudad y que la gente come cosas raras.

Nos contó que iba a hacer su entrenamiento veraniego de *skybax* en Ebulon, en los confines del Imperio chandariano y que intentaría averiguar más.

—Una cosa te puedo decir con certeza —añadió—. He visto algunos tiranosaurios en el Pantano del Bosque Negro. Ten cuidado, padre. Respira hondo, Bix.

Lee Crabb se sacudió las migas de la chaqueta y esbozó una sonrisa con los ojos entrecerrados. Dos guardias con cascos en forma de cuernos se apartaron un poco, sin dejar de vigilarlo atentamente, pues sus planes a menudo acarreaban problemas.

—No pueden irse sin mí —suplicó—. Hemos pasado por un par de malentendidos, profesor, pero somos amigos, ¿no?

—Ya sabes lo que decía la carta: «acompañado únicamente de Bix». Además, no estoy seguro de que seas mi invitado elegido para llevar a un banquete formal. Tendrían que esconder la plata.

En cuanto pronuncié esas palabras, supe que mi broma había salido mal. Crabb se sintió profundamente herido, pues en el fondo se consideraba a sí mismo un aristócrata caído en desgracia. Se marchó enfurecido, prácticamente echando humo.

Encontré a mi amiga Oriana en un ensayo en la Posada del Músico. Me felicitó y me dijo: «Ojalá pudiera ir contigo, pero mi ópera está teniendo tanto éxito que me van a necesitar en el teatro durante varios meses. Y no puedo irme de Ciudad de las Cascadas. Pero os echaré mucho de menos».



Taberna La Cascada.

Bix y yo hicimos una última parada en la taberna La Cascada, con sus característicos asientos de respaldo alto, jarras de sidra caliente y animadas conversaciones. Allí nos despedimos de otros muchos amigos, tanto humanos como saurios. Insistieron en que les enseñáramos todo el contenido de nuestros equipajes.

Primero estaban los instrumentos científicos ligeros: brújula, sextante, termómetro, barómetro aneroide, reloj de bolsillo y geocronógrafo helicoidal. Luego, los artículos de primera necesidad: pedernal, utensilios de afeitado, daga, velas, mapas y mantas de lana de mamut. A continuación, algunas raciones ligeras: un ladrillo de té, frutos secos, harina, sal y arroz, aunque sabíamos que podíamos contar con la hospitalidad de los lugareños durante el trayecto. Y, por último, para registrar el viaje, Nallab me había dado un cuaderno de bocetos encuadernado en la piel de un estiracosaurio cuyo último deseo fue donar sus restos a la ciencia.

Por fin, uno de los Embajadores Alados nos llevó en su planeador por el desfiladero, seguido por Will y Cirrus. Mi corazón se llenó de orgullo al ver a mi propio hijo levantarse y desaparecer en la brillante niebla. Así comenzamos nuestro viaje.

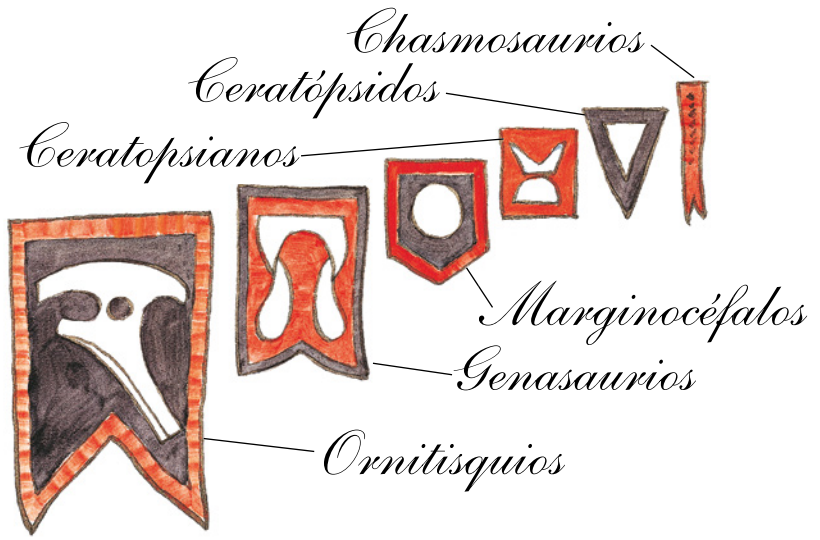
En la base de la cascada Grandell.











Heráldica Filogenética

El rugido de las cataratas se fue desvaneciendo a medida que el camino se convertía en una meseta cubierta de hierba y salpicada de robles. Habíamos llegado al borde del Bosque Espléndido, donde se estaba celebrando un festival.

Dinosaurios de todo tipo y descripción, junto con sus compañeros humanos, se acercaban con reverencia a un árbol antiguo. Según explicó Bix, el árbol había sido cuidado a lo largo del tiempo para representar los parentescos del clan de los dinosaurios.

El Árbol de los Saurios se dividía en dos grandes troncos en la base, representativos de las dos divisiones del grupo de los dinosaurios, los Ornitisquios y los Saurisquios. En cada ramificación más pequeña una pancarta especial identificaba las características únicas de cada grupo. En el borde más externo del árbol, cada hoja representaba una sola especie de dinosaurio, y a cada ramita se ataba una tira de papel roja con el nombre de la especie.

El árbol genealógico de los dinosaurios.

Nos dirigimos hacia el sur durante dos días a través de colinas boscosas que fueron dando paso a pastizales. Al rodear un bosquecillo de abedules, llegamos a un pueblo formado por tres barcos colocados verticalmente, con los mástiles unidos para formar un dosel central. Un silbato agudo de contramaestre sonó desde el puesto del vigía, seguido de un grito: «¡Tripulación, a cubierta!».

De uno en uno y de dos en dos, todos los humanos y dinosaurios regresaron de sus tareas. Tenían la curiosa costumbre de detenerse para mirar hacia arriba, como si estuvieran observando los cambios en el clima. Ya cuando las sombras se alargaban, nos acercamos y nos presentamos. El olor a cebolla frita llegó hasta nosotros y unas palabras de bienvenida nos invitaron a subir a bordo para la cena, que se sirvió en la popa, en el camarote del capitán.

Goldsworthy Marlinspike, un distinguido caballero con capa y jubón, se sentó a la cabecera de la mesa.

Durante la cena le conté cómo había dejado atrás mis recuerdos de Boston para empezar una nueva vida aquí, en Dinotopía. Luego me atreví a preguntarle cómo había llegado su pueblo a vivir en barcos.

—Vengan —nos dijo—. Os contaré toda la historia.

Ayudamos a recoger la mesa y nos llevó a su camarote.

Aldea Sentina.







Goldsworthy Marlinspike.
Navegante celestial.

Mientras yo empezaba a dibujar su retrato, Marlinspike me contó la historia de Sentina.

—Hace doscientos treinta años, nuestros antepasados navegaban a bordo del Príncipe de los Mares, El Vanguardia Real y El Adelantado. Desafiaron a la Armada Española cuando esta regresaba de Manila, pero fueron superados en número y rodeados. Era una muerte segura. Se lanzaron a la huida y, por suerte, lograron escapar de los arrecifes y tormentas que circundan Dinotopía. Finalmente, los barcos chocaron y se hundieron, pero todos los tripulantes fueron rescatados por delfines. Cuando llegaron a tierra, pensaron que habían llegado al paraíso. Con el tiempo, se dieron cuenta de que la vida aquí es larga, pero no eterna, y que la naturaleza no siempre es benévola.

—¿Cómo trasladaron los barcos hasta aquí? —inquirí.

—Elías Marlinspike, mi tatarabuelo, soñaba con rescatar los barcos, porque ellos nos habían rescatado a nosotros. Creía que si nos habían salvado la vida una vez, podrían volver a hacerlo algún día. Los reflotamos con la ayuda de los saurios y los trajimos por tierra hasta este lugar. Ahora nuestra vida es buena. Pero volverán los días oscuros. Y cuando lo hagan, estaremos preparados para el próximo viaje.

—No un viaje por mar —observé, fijándome en el telescopio, la esfera armilar y el mapa de constelaciones.

—No, un viaje a las estrellas. Ese día, nuestras naves

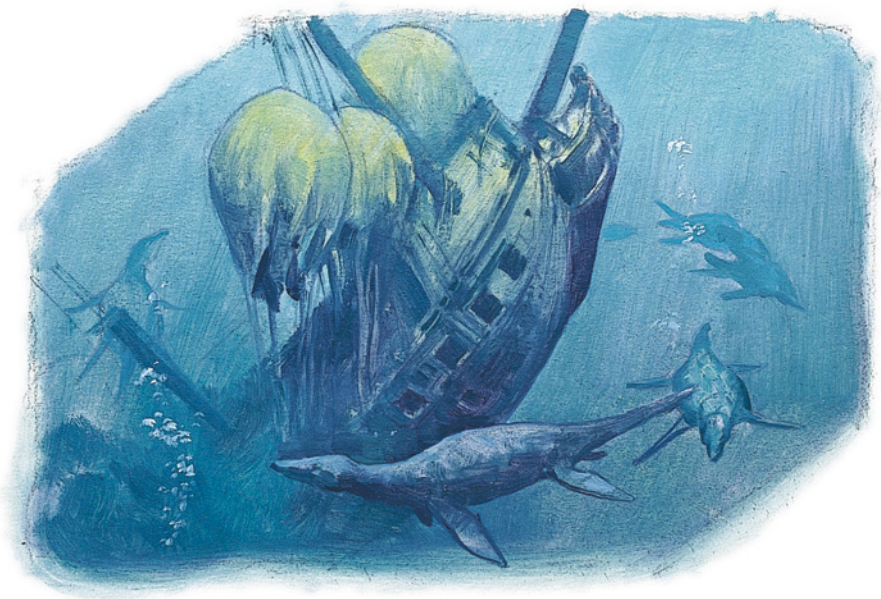


El vuelo del Galeón Estrella.

se elevarán y se completarán, y nos llevarán al otro lado de la puesta de sol, a la hebilla del cinturón de Orión.

—¿Cuándo esperas que ocurra? —pregunté.

—Los barcos nos lo dirán. Cuando sienten que estemos en peligro, empiezan a elevarse. Cuando hay tormentas, inundaciones o erupciones, gimen y tiran de sus amarras hacia arriba. Si, Dios no lo quiera, la Tierra golpeara un arrecife y se hundiera, estos barcos serían nuestros botes salvavidas. Sr. Denison, Bix, otros se han unido a nosotros. Ustedes también podrían hacerlo.

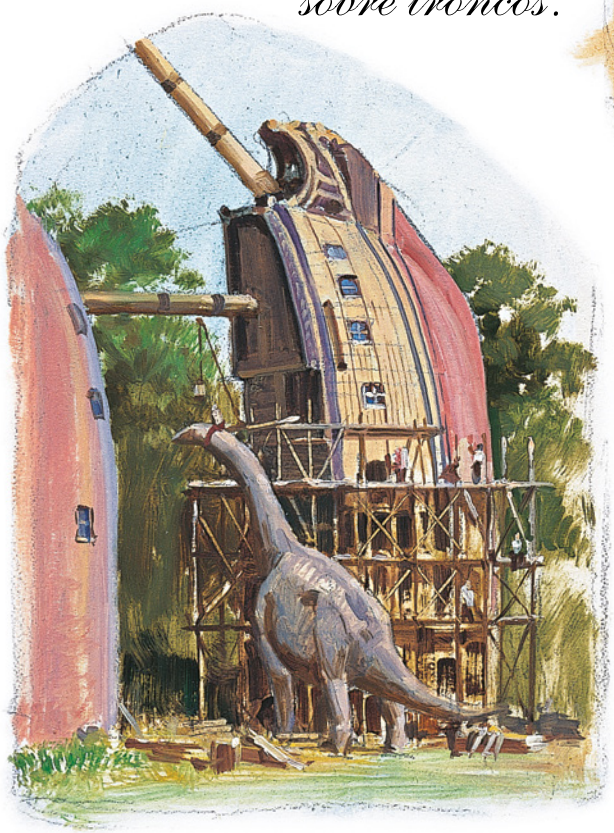


Sentina nació con el naufragio de tres galeones en la Bahía de los Delfines en 1638.

Más tarde, un equipo de cronosaurios infló unos globos de lona para rescatar las embarcaciones a través del río Polongo.

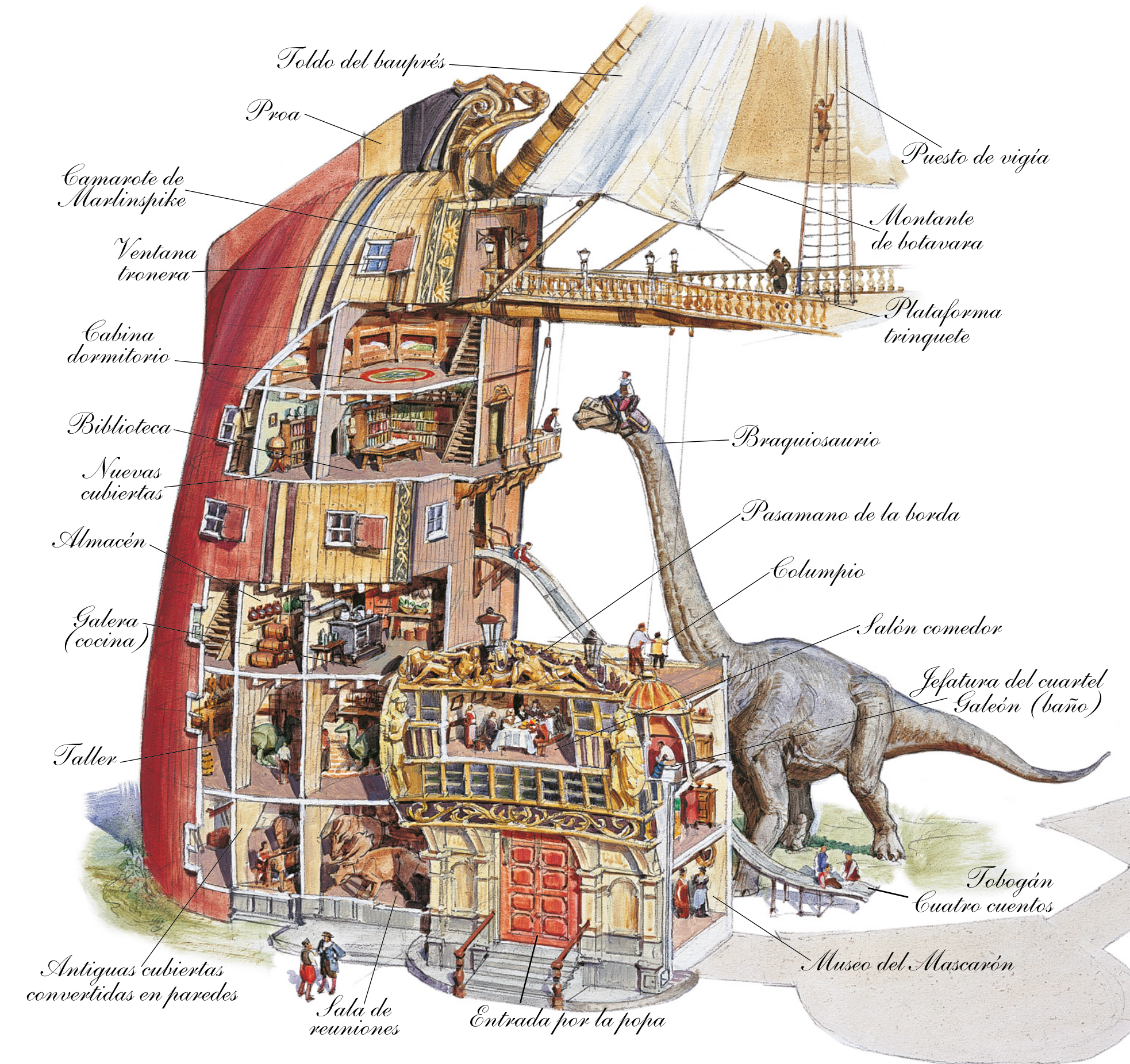
Después, los saurópodos trasladaron los cascos a tierra firme, haciéndolos rodar sobre troncos.





Los barcos fueron cortados por la mitad, colocados de punta sobre la tierra y restaurados.
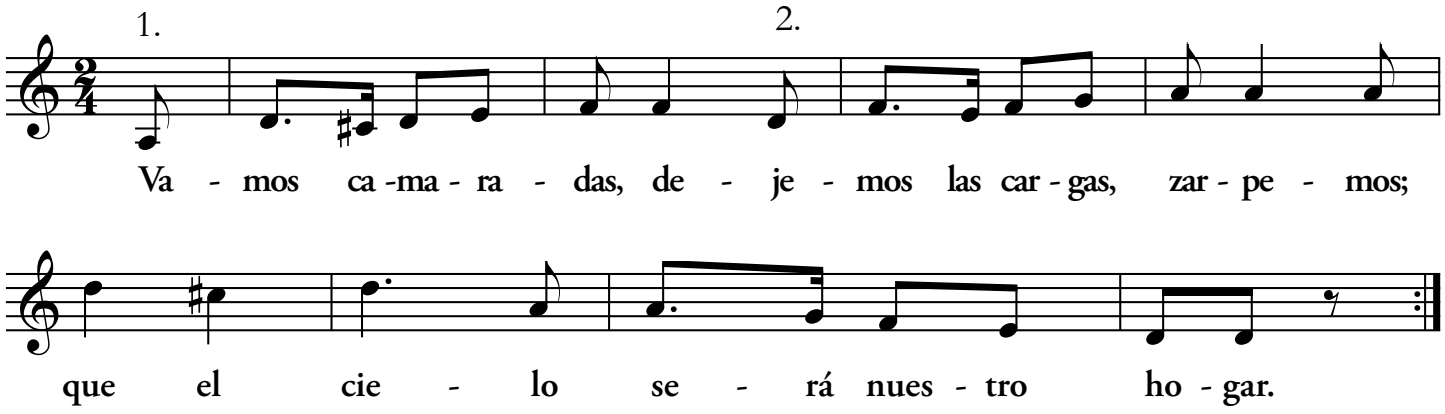



Toldo del bauprés
Proa
Puesto de vigía
Camarote de Marlinspike
Montante de botavara
Ventana tronera
Plataforma trinquete
Cabina dormitorio
Biblioteca
Braquiosaurio
Nuevas cubiertas
Pasamano de la borda
Almacén
Columpio
Galera (cocina)
Salón comedor
Jefatura del cuartel
Galeón (baño)
Taller
Tobogán
Cuatro cuentos
Museo del Mascarón
Antiguas cubiertas convertidas en paredes
Sala de reuniones
Entrada por la popa



¡A navegar!

Melodía de ronda



Pasamos tres días en Sentina, tiempo suficiente para conocer a todos los humanos y saurios. Trabajamos junto a ellos en los campos y aprendimos algunas de sus canciones, la mayoría de las cuales hablaban de un lugar donde las flores nunca se marchitan y los barcos nunca se hunden.

Pero el camino me llamaba. Tenía que convencer a Bix, quien ya se estaba convirtiendo en una entusiasta contralto del coro, de que era hora de continuar. Tras una emotiva despedida, nos adentramos bajo el cálido sol en los campos cubiertos de hierba, acompañados por la sinfonía de los grillos desde los setos, pues de alguna manera encontraban razones para cantar, incluso en este mundo mortal.

Sin embargo, en algún rincón de mi corazón había un susurro de inquietud. Hasta el día de hoy, cada vez que veo a la naturaleza desatar toda la furia de su temperamento, me pregunto si en ese momento Sentina estará tirando de sus amarras, a punto de emprender su fatídico viaje. Si ese día llegase, yo estaría demasiado lejos y sería demasiado tarde para viajar con ellos.

Las últimas millas nos llevaron hasta la orilla del río Polongo, donde embarcamos en el ferry hacia Saurópolis. Las cúpulas y los tejados se extendían ante nosotros en una vista gloriosa, brillando en medio de un brumoso resplandor.



Entrada a Saurópolis por agua.



Augustus Plinth, de Saurópolis.

Se ha escrito tanto sobre los monumentales edificios de Saurópolis que no voy a aburrir al lector con más detalles. En una cafetería en lo alto de una azotea, llamada El Ojo de la Voluta, conocimos al arquitecto Augustus Plinth. Nos presentó a algunos de sus colegas saurios, que estaban bebiendo ruidosamente néctar de granada.

La mayoría de los dinosaurios prefieren el estilo arquitectónico romano, que, como ellos, ha sobrevivido a varias extinciones. Para ellos, el mayor cumplido es hablar de la tranquila dignidad de un edificio. Todas las estructuras importantes tienen una entrada en arco de quince metros de altura para dar cabida a los ciudadanos más altos. Las criaturas más pequeñas disponen de escaleras para trepar hasta los abarrotados pedestales o nidos en el interior de las cúpulas. Cuando llegó la hora de buscar una posada, Augustus nos recomendó una llamada Bolsillo Trasero, donde dormimos, en palabras de Bix, «como fósiles».

Acanthus, un anquilosaurio, supervisa la construcción de monumentos



Sima, un branquiosaurio, diseña terrazas



Medalla que llevan los miembros del sindicato de arquitectos



Fleuron, un coritosaurio, es un maestro de la ornamentación



Nos despertamos con una cacofonía matutina: vehículos tirados por velociraptores traqueteaban sobre los adoquines, desde las torres de los *skybax* tañían lejanas campanas, los carreteros cantaban mientras cargaban sus carros de estiércol y los pregoneros lambeosaurios anunciaban los debates del día. Después de un desayuno de pasteles dulces y café amargo, paseamos por la Gran Avenida, que cruza los cuatro canales principales. Los barqueros que navegaban bajo los puentes lanzaban insultos ingeniosos a quienes transitaban por arriba y esquivaban con pericia las manzanas que les lanzaban en respuesta.

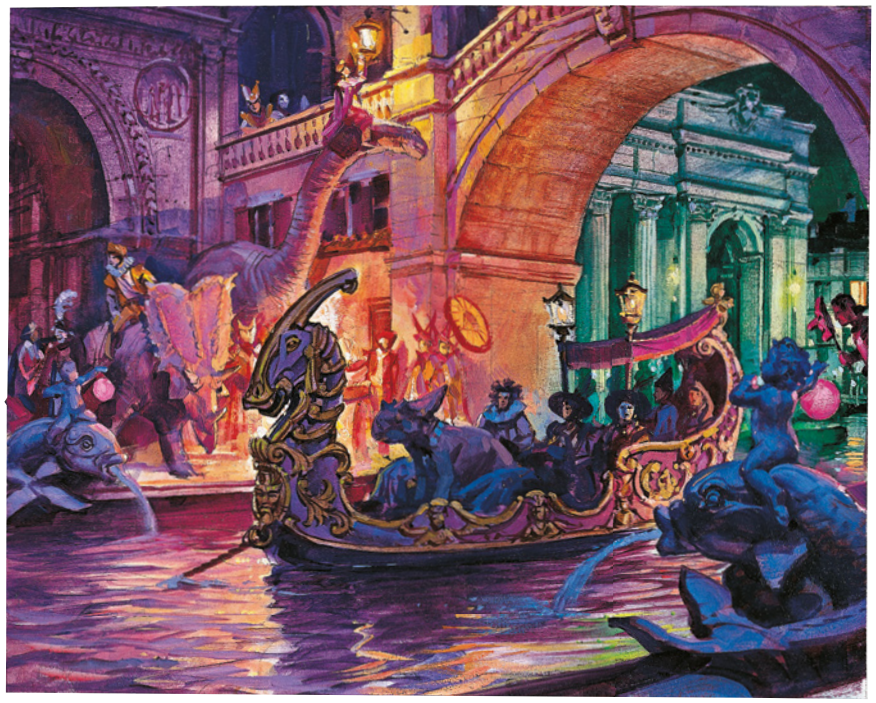
Los ciudadanos viven principalmente en la vía pública y pasan poco tiempo en sus pequeños hogares. La gente común se esfuerza mucho por vestir a la moda y mantener siempre la ropa bien planchada e impecable. Según pude observar, solo se quitan los sombreros cuando se levanta el telón de un teatro o se quema una casa.



Vista de la bahía.



Paseo nocturno en
la Plaza del Carrusel.



Máscaras y magia en los canales
por la noche.



Entrada a los Jardines Dialécticos.

